

ALGUNOS AMORES NO DUELEN TANTO

Antonio Anasagasti Valderrama

ALGUNOS AMORES NO DUELEN TANTO



Otras Narrativas

Edición a cargo de Luis M. Oliva Lucas

Primera edición: julio de 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Antonio Anasagasti Valderrama

© Imagen de cubierta: Tomás Infante y Marcela Pizarro
(www.faananimo.cl)

© Ediciones Alfar S.A.

Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6. 41008 Sevilla

www.edicionesalfar.es/alfar@edicionesalfar.es

ISBN: 978-84-7898-901-0

Dep. Leg.: SE 1172-2021

Imprime: ServicePoint

Impreso en España / *Printed in Spain*

El corazón es como un panal. Está dividido en espacios diminutos, en celdillas que comparten paredes donde, cada persona querida para nosotros, tiene su lugar. Como las abejas en las colmenas. Si en algún momento, en la travesía de la vida, perdemos a alguien, su celdilla quedará vacía y no podrá ser ocupada por ninguna otra persona.

La raíz de la memoria
de la autora malagueña Purificación García Díaz

102 microrrelatos ejemplares y un prólogo

Decía don Miguel de Unamuno que cuando hablan Juan y Tomás no son dos los que intervienen, sino ocho. Esto es así porque cada individuo se puede considerar desde cuatro puntos de vista: lo que Juan sea en realidad (que solo su Hacedor lo puede saber), lo que Juan cree ser, lo que Tomás cree que es Juan y la dimensión que más le interesaba a Unamuno: lo que Juan quiere ser, que es la dimensión creativa del ser humano. El arquetipo de la personalidad creativa es Alonso Quijano dando a luz a Don Quijote.

Antonio Anasagasti Valderrama (n. Cádiz, 1958) siempre ha querido ser escritor: esta es la dimensión volitiva de su ser. El escritor se nutre de dos cosas: sus lecturas y las mil facetas que atesora la persona y que la han traído hasta aquí. En el caso de Antonio hay un joven que se independizó con 16 años, que a esa edad se hizo cargo del restaurante que heredó de su padre —el famoso Achuri (o Atxuri) de Cádiz—; que no quiso ser cocinero (medio)vasco de por vida y estudió Derecho en la Universidad Hispalense; que hizo sus primeros pinitos literarios en torno al grupo y revista setentera Jaramago (1977-1978), en la más tierna Transición; que traspasó el restaurante y ejerció como abogado laboralista al que le gustaba particularmente mediar en los convenios de empresa; que luego dio el salto a la Armada, donde actualmente es coronel de Intendencia. Y siempre, como música de fondo, la llamada de las letras: el cultivo de la poesía, los artículos para *La Voz* y *La Voz del Sur*, la animación cultural en la tertulia Foro Libre y la Asamblea Amistosa Literaria, y la narrativa.

Escribía Juan José Téllez, a propósito del libro de relatos *El fin del poder absoluto* (2007), que el mundo literario de Antonio Anasa-

gasti «nunca ha dejado de ser la adolescencia, como un Peter Pan anclado en su primer conocimiento del tiempo adulto en aquella primavera de los años 70 en los que la libertad era una batalla que no solo se libraba en las calles, sino en los cerebros». Esta conciencia rige también para *Marte entra en la casa octava* (2006) e *Hijos del Mayo del 68* (2008), los otros dos títulos que integran su primera trilogía de cuentos ultrabreves o microrrelatos. Pero tengo la impresión —compartida con otros lectores— de que Antonio ha crecido mucho desde entonces y ahora le caben en la escritura todo tipo de mundos y de vidas: grandes, pequeñas, jóvenes, viejas, femeninas, masculinas, históricas, contemporáneas, ingenuas, calculadoras, lúbricas, románticas, anodinas, extravagantes, convencionales, rarunas...

Lo que tiró de Anasgasti hacia el microrrelato (género posmoderno donde los haya) fue quizá la admiración por el espacio que llevaba Juan José Millás en la cadena SER: «La Ventana de Millás», donde se seleccionaban y leían relatos enviados por los radioyentes. Es Millás un inmejorable referente literario para un enamorado de la psicología, la sorpresa y el humor (el fino y el descabellado).

De la costumbre de leer diariamente más de veinte periódicos salió un cuentista de género negro: el autor de *Un recetario de muerte* (2016) y *Algunos asesinatos duelen más* (2019) —superventas de la editorial Alfar de Sevilla—. Ahora Antonio da un giro de 180 grados y pasa de Tánatos a Eros con *Algunos amores no duelen tanto*. ¿Un giro radical? Bueno, el amor y la muerte no son más que las dos caras de lo mismo, que es la vida, así que: sí y no.

Las 102 historias que aquí se ofrecen se agrupan en siete categorías, como un semanario erótico: «Amores y encuentros fortuitos» (8 relatos), «Amores que no cuajaron» (19), «Celos, dolor y violencia» (22), «Amores de vejez, juventud y padres» (13), «Otras formas de amar» (17), «Labores domésticas y convivencia» (5) y «Deseos cercanos» (18). Cortos, cortitos o cortísimos, este centenar de cuentos constituye el regalo de un escritor inmensamente curioso que se asoma con agudeza al abismo de lo humano.

Anasagasti es muy eficaz tanto a la hora de contar como a la hora de sugerir situaciones que suelen ser complejas. Ni la felicidad ni la desgracia se tratan aquí con dramatismo: de ahí que los amores del título «no duelan tanto». Sobre toda esta serie flota una mirada de distanciamiento entre irónico y humorístico que nunca llega a ser cruel, y en ello quizá influya el profundo humanismo del autor.

Por breves que sean estos cuentos no pierden nunca de vista la psicología. Con esto quiero decir que Anasagasti jamás olvida que el epicentro de la narrativa es el factor humano. De hecho, por diminuta que sea la historia, le gusta que sus criaturas tengan nombre e incluso apellido: el narrador raramente priva de identidad y circunstancia a sus pequeñas vidas. O momentos de su propia vida (que alguno hay aquí también, a saber, si realmente ficticio o ficticiamente real). Y aprovecha la ocasión para hacer guiños de complicidad a amigos cuyos nombres aparecen de pronto en medio de una fábula, lo mismo que aparecen lugares y locales de su ciudad natal. Porque nos gusta reconocer y reconocernos en las fotos.

Yo creo que detrás de esto está el abogado intendente lector de periódicos. Y una aguda capacidad de observación de los detalles: ¿por qué entra un hombre en una zapatería? ¿Qué nos hace elegir a una persona? ¿Qué hay detrás de ese amable marido modélico? ¿Por qué se santigua el que se tira al mar en pos de una sirena? ¿Cómo saber si es de perro o de persona la pelusa de un jersey? ¿Qué cosas se llegan a escribir en el vaho de un espejo? ¿Cómo nos preparamos para una cita? ¿Qué hacer con una vieja carta de amor de la que uno no fue ni remitente ni destinatario? ¿Por qué hay gente tan tocapelotas que ni muerta es capaz de dejar de salirse con la suya?

En los títulos juega el autor con frases hechas, definiciones sumarias que contrastan luego con la sorpresa argumental y, a menudo, ironías, dobles sentidos y metáforas que se convierten literalmente en verdad: *Vae victis!* ¡Ay de quien se empeña en tener por el mango la sartén!

Las acciones son muy variadas, pero Anasagasti tiene el instinto virtuoso del narrador: la vuelta de tuerca. La pulsión narrativa del

autor es lo que siempre se ha entendido por «novelesco»: lo insólito, lo sorprendente, el punto equidistante entre azar, planificación y fatalidad. Y su irresoluble enigma. Sí, tiene razón Mauricio Gil Cano cuando afirma que el microrrelato es un género difícil y que Anasagasti es un gran narrador.

Soldados, monjas, pretendientes formales, secretarias con jefe, jugadores de lotería, turistas, gurús, parejas eventuales y parejas eternas, empleados ejemplares, señoras sin posibles, ligones de bar, ligones por internet, pardillos, busconas, vecinos y vecinas y amigas y amigos que, mira tú por dónde, no lo eran, románticos impenitentes, ancianos con problemas de erección, gente que busca o que se encuentra en tríos... Es divertida y capciosa la variedad de situaciones. «¿A que no averiguas el nombre de la mujer que me anudaba la corbata?».

El estilo de Antonio: detalloso y eficaz. Ha aprendido a prescindir de las palabras que huelen a postizo o impostura. Me gusta esta naturalidad que atrapa con su precisión enciclopédica, pero sin perifollos. Eso no quita que, en función de lo que se trate, no pueda aparecer la metáfora lírica y eficaz (el viento racheado del litoral como «un gigante hisopo de agua salada»). Y que sorprenda la cantidad de saberes que como, quien no quiere la cosa, afianzan la verosimilitud en la descripción de personajes, vidas y ambientes: desde la gestión de recursos humanos, pasando por el márketing y la gastronomía, hasta el derecho conyugal. Y la astrología y el esoterismo. Antonio tiene un punto *New Age* que es muy de su generación —que además es la mía.

¿Cree Antonio Anasagasti Valderrama en el amor? Yo, señoría, soy de padre gallego, el día de autos me lo pasé leyendo y sé lo que leí, pero no sé más nada. A las 102 pruebas me remito, remito a su señoría y remito al querido, queridísimo lector.

Ana Sofía Pérez-Bustamante (Universidad de Cádiz)

**AMORES
Y
ENCUENTROS
FORTUITOS**

Eduardo no podía resbalar más dentro del precipicio en que se había convertido su existencia y, tras una ruptura sentimental, se intentó suicidar. Todavía conservaba las cicatrices que señalaban el intento de cortarse las venas, aunque al final no tuvo valor suficiente para alcanzar su objetivo y se vendó las heridas. Por eso se apuntó de voluntario a esa misión tan arriesgada, porque no le importaba morir. Todo cambió cuando conoció a Vesna. Ella se cruzó en su camino en medio de una carretera de tierra que partía en dos, como la guerra, una aldea perdida de la antigua Yugoslavia, en una zona de disputa entre los serbios y los croatas. Estuvo a punto de ser atropellada por las gruesas ruedas del *jeep* que conducía aquel oficial hispano que trabajaba como observador de la ONU. El vehículo tuvo que frenar en seco y se quedó parado a escasos centímetros de ella. La mujer huía despavorida de una pequeña iglesia ortodoxa en llamas. Sus brazos se agitaban en alto y dibujaban aspavientos que mostraban una solicitud de auxilio desesperada. La cara de dolor de esa campesina marcaba un rictus de terror y estupefacción. Acababa de pasar una mermada columna humeante de tanques croata que intentaba reagruparse y, en su retirada, algunos fanáticos habían disparado a todo lo que representaba al enemigo y ese lugar sagrado para el adversario era un blanco perfecto, fácil y sin peligro de respuesta. Eduardo, en un gesto automático, se acicaló la boina azul y, mientras olvidaba su cometido, la ayudó a subir a su vehículo.

Vesna era una joven viuda morena, recia e imponente, con manos callosas, que parecía una jugadora de baloncesto, pues le sacaba más de 20 centímetros al militar. Estaba herida en un costado y, sin importarle su corte, suplicaba en inglés al soldado que la acompa-

ñase y la ayudase. Ambos bajaron del todoterreno y se dirigieron al templo. La cúpula se había derrumbado y columnas y escombros se acumulaban en el suelo entre pequeños focos ardientes. Ella señaló un punto concreto y, debajo del mismo, un niño de seis o siete años atrapado entre un bloque de piedra blanca emitía un llanto lastimero. Entre los dos intentaron un par de veces mover al unísono el pedrusco con sus propias manos, pero apenas lo consiguieron. Ante ello, Eduardo recorrió el edificio, saltando por entre los montículos de cascotes y en busca de algo que hiciese palanca. En una esquina próxima a lo que debió de ser la diminuta sacristía, encontró una vigueta de hierro y la empleó con éxito. Una vez apartado el obstáculo, se arrodilló, cogió en brazos al niño que estaba enharinado de polvo y con la manga del uniforme le limpió la cara. El chaval había salvado la vida milagrosamente porque se había colocado debajo de un banco de madera y ese mueble había hecho de parapeto al amortiguar el golpe. No obstante, Zoran, como se llamaba el chico, se retorció de dolor con síntomas de haberse roto más de un hueso por aplastamiento.

El uniformado abandonó su misión para evacuar al herido en compañía de su madre hasta un campamento de la Cruz Roja. Para ello, al objeto de evitar un rodeo de treinta kilómetros, cogió por la carretera más corta, pero la menos segura, con el riesgo de ser interceptado por una mina. El muchacho condujo a paso de tortuga. Hubiese sido temerario emplear una velocidad normal ante tanto peligro. La carretera estaba salpicada de grandes zanjas producto de pasados combates y muchos amasijos de metal jalonaban las cunetas. Al llegar a su destino, dejó a sus ocupantes en la entrada de una tienda de campaña y, en la despedida, Vesna lo besó en los labios en señal de agradecimiento. Ese beso, esa caricia de un ángel, fue su perdición; a partir de ahí tuvo miedo a la guerra, temía por su vida. Aprendió que, dentro del desastre y de la desesperación, había algo hermoso por lo que merecía la pena vivir: el amor. Y en la primera oportunidad que tuvo volvió a España a rehacer su vida, con una mujer extranjera y un hijo adoptivo.

Relación superficial

El gran dilema de Paula Freire estribaba en cómo contárselo a su novio, Pedro Román. Desde pequeña ya creía en los chamanes y en todo lo esotérico. Una de sus más firmes convicciones era que su alma se podía desdoblarse del cuerpo y que podía entrar en un estado de vibración espiritual, conectada al universo. Cada noche Paula experimentaba la autoscopia y observaba desde el techo de su dormitorio su cuerpo acostado en la cama, mientras su espíritu flotaba en el aire con total libertad. Como era prudente, no acostumbraba a hablar de ello con nadie extraño, pues, incluso al insinuarlo, la podían tachar de loca. Menos aún con el chico con el que salía, pues se arriesgaba a perderlo para siempre. No obstante, al mismo tiempo sabía que, si quería durar con el muchacho, debía sincerarse y exponérselo más tarde o más temprano.

Una mañana, tras un par de meses juntos y una relación afectuosa sublime, se decidió a dar el paso. Paseaban por la orilla del mar de la mano y miraban al horizonte. Pedro, con la vista puesta en la raya que separa el mar del cielo, le contó que uno de sus deseos sería visitar el Taj Mahal en la India. Eso derivó en una conversación sobre los lugares hermosos del planeta y sobre futuros desplazamientos al extranjero. Paula aprovechó el final de la charla para soltarlo. Pedro se quedó perplejo, en estado de *shock*, cuando oyó que su pareja hacía viajes astrales. Le pareció que estaba hablando con una bruja a la que le faltaba la escoba... o con una chiflada. En ese momento veía a su compañera como un monstruo de pechos turgentes disfrazado de belleza escultural. El chico, incapaz de verbalizar sus sentimientos y decirle nada, salió corriendo y se apartó definitivamente de ella en ese instante. En vista de ello, el único recurso que tuvo Paula para

verlo de nuevo y besarlo todos los días fue proyectarse fuera de su cuerpo. Pero con ese cariño místico los besos y las caricias no sabían de la misma forma.

Sor Angélica se vanagloriaba de que su vocación, la llamada de Dios, se produjese con quince años, en una Semana Santa, una tarde lluviosa al ver la talla de un Cristo crucificado y apreciar que supuraban las heridas de la escultura. Afirmaba con orgullo que desde ese día estaba enamorada de Dios y que eso fue el detonante para que ingresara en la orden. Era abadesa de un pequeño monasterio benedictino construido en el siglo xvii en la Toscana. Tenía tan solo 40 años y su carácter recio, fuerte y enérgico la hacía liderar ese pequeño grupo de religiosas compuesto por cinco jóvenes novicias y una octogenaria. El emplazamiento del paraje contrastaba con la arquitectura deteriorada del recinto religioso. Ese era un lugar paradisíaco, en medio de tupidas montañas boscosas, y el recinto incluía una extensa huerta llena de plantas aromáticas que las religiosas vendían, y jardines jalonados con cuidados y recortados cipreses. En cambio, al convento le habían salido grietas y algunas de sus vigas de roble estaban siendo atacadas por termitas. Ante tal decadencia y para salvar esa casa de Dios decidió construir un hostel con el que sufragar los cuantiosos gastos de rehabilitación.

El negocio nada más inaugurarse marchaba como la seda. Raro era el fin de semana que no se ocuparan todas las habitaciones de ese coqueto, cuidado, austero y limpio hospedaje. Por allí llegaba gente que buscaba reposo, meditación, paz, tranquilidad y espiritualidad y que huía de las grandes urbes. La clientela era muy dispar: ejecutivos, empresarios, exseminaristas, estudiantes principalmente de teología, médicos, abogados, jueces, obreros.

Uno de esos huéspedes se llamaba Pepe Lillo y trabajaba como promotor inmobiliario. Este se había documentado muy bien sobre

ese lugar y se había interesado en la compra de una parte de la amplia finca de las monjas para construir un nuevo establecimiento hostelero. Por eso aprovechó la visita para negociar las condiciones del contrato. Así, al día siguiente de su llegada contactó con la superiora, le llevó los planos de su proyecto y una chequera con una, todavía no escrita, tentadora cifra, que intentaría regatear al máximo. La priora, nada más verlo, pegó un respingo. Ya lo conocía del tiempo en el que ella estudiaba en el instituto, cuando ambos eran unos modositos chavales. Eso facilitaría las negociaciones y agilizaría las conversaciones y los trámites, pensó el constructor. Pero cada día que pasaba la rectora le exigía nuevos detalles e insólitos replanteamientos de las obras. Aquello obligaba a Pepe a demorar su marcha. Diariamente tenía que consultar o exigir que redactaran modificaciones del diseño a sus arquitectos de la oficina central de Livorno. De ese modo transcurrieron un par de semanas a base de charlas y paseos por esos vergeles acompañado por la madre Angélica, que no se separaba de él.

En una de esas caminatas junto a un arriate plagado de rosales Pepe estalló. La monja le exigía que volviese a alterar los planos y Pepe tiró la toalla, se plantó y le anunció que las negociaciones estaban definitivamente rotas y que esa misma tarde abandonaría el lugar. En ese momento la religiosa, mientras le miraba fijamente a los ojos, se arrimó hasta rozar su cuerpo y, al sentir el contacto del pasado, lo abrazó y lo besó en la boca. Cinco minutos más tarde, ambos se fundieron en una antigua celda reconvertida en una estancia confortable para turistas. Después de esa primera experiencia más allá de lo espiritual, Angélica le confesaría a Pepe con sonrojo que realmente fueron él y su indiferencia las causas por la que había optado por los hábitos.

El poder del anillo de circonita

Esa tarde Francisco Aguado esperaba a su novia sentado en una mesa discreta y pequeña al fondo del restaurante taiwanés. El velador estaba cubierto con un mantel rojo y lucía en el centro un jarrón de peonías rosadas que lo adornaba. El local distaba un par de calles de la oficina donde trabajaba Julia y por eso esperaba que no se demorase demasiado, pero ya sobrepasaba la media hora y estaba a punto de llamarla por el móvil. Justo cuando hacía el amago de teclear su número, el camarero asiático le sirvió la segunda bebida. Eso le aplacó los nervios y provocó que abriera la palma de la mano derecha para soltar el anillo de circonita que hasta hacía unos momentos agarraba con fuerza. Alzó la copa y sorbió intensamente la cerveza helada con fruición. Vacío la mitad de la birra de un solo trago, lo que le dejó marcado de espuma el bigote. Unos segundos más tarde se animó a dar un segundo buche, sin reparar en que había desplazado con el codo la alianza justo al borde del velador. Finalmente, un nuevo empuje hizo que se despeñara. El aro fue rodando diez metros con una cadencia pasmosa por entre el mobiliario del establecimiento, y fue a caer en medio de una pareja que discutía acaloradamente.

Al rato, Julia lo telefonó y se excusó, pero declinó su invitación con el argumento de que tenía que terminar un balance y cuadrar las cuentas para esa misma noche. Fran, contrariado, pidió la exigua cuenta y se marchó con la certeza de que lo suyo con su novia era imposible. El trabajo para ella suponía su prioridad número uno y, en cambio, su relación quedaba aparcada en un segundo plano.

Al salir, pagó su enfado con un portazo a la puerta de cristal del restaurante. El «crac» atrajo la atención de la pareja enfadada, algo que dio un poco de tregua a su controversia. Después de unos

segundos de calma y silencio, ambos giraron su cuello para volver a su posición enfrentada. En ese intervalo, a Rubén Bort le atrajo el brillo de la sortija depositada en el suelo y, tras recogerla y apenas observarla, se declaró a María de Miguel. Y esta, sorpresivamente, cambió sus palabras hirientes por un beso profundo tras engarzarse el brillante en el dedo, totalmente emocionada y desarmada ante tal proposición.

Cuestión de formas

Nuestro sueño era convertirnos en dos triángulos equiláteros perfectos, con su altura, mediana, bisectriz y mediatriz iguales, unidos indisolublemente, montados el uno sobre el otro, en gozoso equilibrio, encaminados hacia el futuro. Yo con la punta hacia arriba para demostrar mi masculinidad y tú hacia abajo como ofrenda de la matriz lunar. Ambos, dioses del momento, perdidos en el confín de la geometría humana, deseábamos expandirnos por el universo. Cuando quise trazar solo las líneas, te apartaste de mí y corriste hasta el paralelepípedo, hacia aquel hombre poliédrico de seis caras en el que te cobijaste. Tras aceptarlo, todos me dibujan ahora como un rectángulo de tolerancia.

Ella era un poco escéptica y no creía ni por asomo que se pudiese adivinar el futuro. No obstante, su enamoramiento era tan profundo y sentía tal frenético e inquieto culebreo en su estómago que, ante un mar de dudas por un amor no correspondido, resolvió probar para tranquilizarse. En vista de ello, y tras consultar varias páginas de internet, se decidió por una echadora de cartas que le pareció que exhibía en su rostro un gesto dulce, honesto, sincero y afable.

El gabinete de la pitonisa estaba en una primera planta de un edificio modesto, sin pretensiones, dentro de un barrio acomodado. Angélica subió por las escaleras y llamó tímidamente a la puerta con los nudillos, porque el timbre que había apretado previamente no funcionaba. La vidente, entrada en los ochenta y con una piel oscura y brillante, aunque acartonada, parecía más entrañable que en la foto que había ojeado la noche anterior en el ordenador. El cuarto al que le hizo pasar estaba repleto de fotografías, estampas de santos y frases espirituales enmarcadas. Justo en un rincón de la sala destacaba una estatuilla en resina de la Virgen del Rosario en una peana en la pared, dentro de una modesta hornacina. Debajo de ella, se alineaban varias velas perfumadas con olor a nardos que rellenaban una repisa de madera de color caoba. El conjunto, con el leve movimiento de las pequeñas llamas, la sutil fragancia y las tenues luces que irradiaban una intermitente alternativa de claridades y sombras, creaba una atmósfera sobrenatural de sosiego, recogimiento y silencio parecido al de una iglesia en soledad.

La consultante se sentó en un cómodo sillón orejero de tela blanca, encima de dos cojines de fibra mullidos recubiertos con una funda de croché, y la adivina en una butaca de capitoné de lino también blan-

co. En un estado confortable, la consultada notó un calor placentero y una recobrada paz interior. En aquella habitación se derritieron y se evaporaron de golpe todas sus zozobras. Como si de un gabinete psicológico se tratara, Angélica se desahogó y consiguió explicar en pocas palabras a aquella anciana el porqué de su visita. Según ella, estaba enamorada de su jefe, Miguel Ruiz Saavedra, un afamado publicista. Tanto el uno como el otro aprovechaban cualquier oportunidad en el trabajo, fuera de la vista del resto de la plantilla, para besarse y abrazarse. Incluso en un viaje a Ámsterdam, con motivo de un curso de formación y reciclaje de una semana, no desperdiciaron la oportunidad de acostarse en el hotel donde estaban alojados. Él, entre sábanas, le había prometido el divorcio. Sin embargo, de vuelta a la península, ese hombre casado se había transformado en un iceberg y solo mostraba su más absoluta indiferencia hacia ella, como si estuviera ofendido. Es más, rechazaba todos los intentos de Angélica de besarle o acariciar su mano cuando estaban solos en su despacho con la puerta cerrada. Por si fuera poco, ella advertía que en público era tratada con brusquedad y más severamente que el resto de los subordinados y hasta, incluso, le levantaba la voz sin motivo aparente. Ella lo seguía queriendo a pesar de sus desdenes y mantenía la esperanza de que al final acabase definitivamente en sus brazos, pero la tozuda realidad le hacía sufrir amargamente. Su desdicha era su reiterada impotencia.

La octogenaria, después de escucharla con mucha atención, le ordenó que barajase el manojo de cartas y que sacara cinco naipes formando una cruz. La carta de la izquierda representaba el pasado, y en esa posición había surgido, como por arte de magia, el arcano de los enamorados, y en la derecha, que representaba el futuro inmediato, apareció el diez de espadas, símbolo de ruptura. Acto seguido, extrajo las tres cartas restantes que indicaban el porvenir a medio plazo y las situó justo en el centro de la mesa camilla, de arriba abajo: el as de copas, la sacerdotisa y el sol, signo de un final feliz. La clarividente, con una voz calmada, firme y dulce, que impregnaba completa seguridad, interpretó que su jefe y ella estaban realmente

enamorados, pero que el directivo de la empresa iba a desaparecer pronto de su vida para siempre. Al mismo tiempo, le aconsejó que no se preocupase porque en un par de meses emergería de la nada un nuevo amor mucho más profundo y verdadero y este iba a acabar en matrimonio o en compromiso.

Angélica, a pesar de haberla impresionado por un momento la aparición de la primera carta, la de los enamorados, recapacitó con esa mente fría e incrédula que la caracterizaba y concluyó que todo formaba parte de un montaje, un truco de una tahúr, una engañifa muy bien pergeñada por una fulera, por una tramposa. Y con voz grave y descarada le soltó a Libia, la pitonisa, que no se lo creía y que consideraba que todo lo que había preparado y dicho era una estafa muy bien urdida. La vieja se sintió profundamente indignada y, tras tocarse el pecho donde colgaba un escapulario y besuquear la imagen de la Virgen, la desafió. Ella por la consulta no le iba a cobrar nada, con la condición de que dentro de dos meses volviese por allí con un cirio y, si su vaticinio se hubiera cumplido, solo tendría que depositarlo y encenderlo en esa habitación. Si no acertaba, ella le entregaría quinientos euros a cambio de la bujía.

Angélica se tomó lo sucedido a broma, retornó a su rutina y volvió a su oficina al día siguiente. Allí se enteró de que su enamorado había ascendido y se marchaba a Murcia en un par de días como responsable de esa delegación. La dolorosa despedida de empresa de Miguel se celebró en un restaurante con buen aparcamiento a las afueras de la ciudad. El homenajeado fue obsequiado a los postes con una funcional mochila gris de trabajo para portátil de hasta quince con seis pulgadas, sufragada a escote por todo el personal. Luego, Angélica y Miguel se escabulleron como pudieron del personal de la plantilla, a pesar de que un grupo de siete personas, los más recalcitrantes, seguían bebiendo copas con un manifiesto y evidente deseo de alargar la juerga. La pareja acabó de festejar la partida de madrugada, acostados en la cama de ella de un metro y treinta y cinco centímetros de ancho. El evento fue conmemorado con tal ímpetu que al final, cuando ya despuntaba el día y se tenían que ir cada uno

por su lado, el cabecero de nogal acabó en el suelo descolgado de la pared. Con el transcurrir cansino de las jornadas, la pasión se fue diluyendo, ante la evidencia de que todo había acabado finalmente con un enfervorecido último polvo que no olvidaría en su vida.

Angélica tenía presente su apuesta, pues había marcado en el calendario el día en que se cumplían los dos meses de la visita a la vidente, segura de que ganaría el envite. Por eso aquel 23 de mayo, al salir de la oficina, se fue directamente a un bazar chino a comprar un velón cubierto de un envase de plástico de color rojo. De allí atravesó un par de manzanas y accedió al piso de su augur.

El timbre ya funcionaba. Al pulsarlo, le abrió la entrada un tierno y vulnerable chaval un poco mayor que ella, vestido con un pantalón oscuro y con un jersey negro, al que le asomaban un par de lágrimas en los ojos que correteaban por las aletas de la nariz. Su echadora de cartas reposaba en un ataúd abierto de par en par. Jaime, el huérfano de esta, sin mediar palabra, le recogió la vela agradecido, la colocó a los pies de la difunta y la encendió. En ese momento había empezado a perder la apuesta.